

EL PROCURADOR GENERAL
DEL REY Y DE LA NACION.

MARTES 18 DE ABRIL DE 1815.

San Eleuterio Ob. y Mr. y San Perfecto Mr. de Córdoba. =
Quarenta Horas en la Parroquia de Santiago y San Juan.

VIVA FERNANDO.

El Procurador General :

Si no hubieramos visto la escena de la miserable Francia, si fuera capaz de borrarse de nuestra imaginacion las quemas, las divisiones y arroyos de sangre, en que la han sumido los apóstoles de una regeneracion ilusoria, no hay duda, que los pueblos serian victimas de los lazos y cadenas que les arman los llamados filantrópicos. Mas en esta escuela tan sangrienta han aprendido ya los principes el arte sabio de gobernar, y los subditos la ciencia saludable de obedecer. Asi unos como otros han conocido que los mayores enemigos de la sociedad son aquellos malvados, que afectando luces, y principios no conocidos, con insensatez y ningun juicio han querido aplicarlos á las sociedades y reynos ya constituidos. Sin contar con las leyes sagradas y politicas de cada pais, con las costumbres y afecciones radicadas en el largo uso de los siglos, han visto que estos pedantes filosofos son los reos criminales de quantos trastornos ha sufrido la Europa. El grande Federico convencido de la perversidad de esta canalla, solia decir: que si hubiera de castigar y aún destruir algun reyno, pondria al frente de su gobierno algun filósofo de los liberales de su tiempo, padres de los nuestros. Asi es que los pueblos han vuelto del mortal letargo en que yacian seducidos al principio, despues tiranizados, y presurosos han proclamado sus reyes, han restablecido sus tronos, y han llorado sobre las cenizas de aquellos desgraciados monarcas, que fueron segados en los ca-

dalsos. Ya han palpado, que el foso de la tiranía, de la rebelion, de la destemplanza y de la impiedad está concentrado en la reunion ó clubs de quatro filósofos masones, sin mas patria, ni religion, ni sociedad, que alimentarse con la indigencia de otros, vivir en la inmoralidad, y inficionar con sus perniciosas máximas el reposo y quietud de sus semejantes. Les ha llegado á estos infelices la época triste, pero segura é inevitable, que forma el paradero de todos los novadores, porque constituidos entre los extremos del pueblo, á quien han hecho prevaricar halagandolo con ideas de una ilusoria felicidad é igualdad, y los monarcas ultrajados en su alta dignidad, no pueden escaparse de los patéticos desengaños de unos y de otros, y es indispensable que pese sobre ellos la exêcracion. *Las revoluciones son (decia el abate Sieyes) como Saturno que devoraba á sus mas queridos hijos, y ellas mismas se han tragado á sus mas zelosos promovedores.* No tienen otro consuelo en tan duro conflicto. éstos enemigos del género humano, sino el funesto recuerdo de los robos, de los asesinatos y de las dilapidaciones que han ocasionado. Los que se obstinan en sus sistemas inicuos llorarán en los últimos momentos su desventurada suerte, como Desmoulins exclamó desde el cadalso: *He aquí la recompensa reservada al primer apóstol de la libertad.* Escarmentad, filósofos revolucionarios, y creedme, aún es tiempo de que os reconozcais. En qualquier momento el hombre está sujeto á engaños, y en otro mas favorable puede ilustrarse con los rayos de una luz celestial. F. J. de M.

Paralelo entre el Gobierno Monárquico y el democrático.

El gobierno monárquico parece á primera vista tan opuesto á la libertad del hombre, como lisonjero el republicano, pero á poco que se reflexione, se verá que en ningún estado goza de la seguridad personal y real el ciudadano, como en las monarquías hereditarias. La historia de las naciones acredita esta verdad, que me propongo demostrar, comparando lo que comunmente sucede en los reynos, con lo que pasa en las repúblicas. En aquellos nacen los reyes, y en éstas los mismos que han de ser gobernados eligen los magistrados que han de regirlos, y

esta parece una ventaja, que hace preferible la democracia; pero este bien especulativo es un mal en la práctica.

Los Romanos creaban los consules, los tribunos de la plebe, y los demas magistrados menores; pero esta facultad de nombrarlos no mejoró su suerte; pues dice Tacito que las antiguas historias de la república, quando tratan de los asuntos interiores, no son mas que una serie no interrumpida de disensiones entre los ciudadanos; una discordia perpetua entre los tribunos y los consules; una multitud confusa de leyes agrarias y frumentarias; y una rivalidad continua entre la plebe y los nobles (*Tacit. Annal. 4. n. 5.*). Esta funesta disposicion de la república fué el origen de las crueles sediciones, que tantas veces la expusieron á una inminente ruina, que solo pudo evitar, sometiendose al imperio absoluto de un dictador (*Tacit. 1. Annal.*). La república de Atenas sufrió los mismos funestos males que la Romana por la agitacion continua que en los animos de los ciudadanos excitaban los demagogos, para cuyo mal no hallaron remedio mas eficaz, que encomendar el gobierno á un hombre solo. La experiencia les demostró la eficacia de esta providencia, pues nunca fueron tan felices los Atenienses, como en el tiempo que los gobernó Pericles con una autoridad absoluta (*Thucyd. lib. 2.*). Pero este mismo remedio fué muy funesto á los Atenienses quando eligieron á Pisistrato, y á los Romanos quando crearon dictador á Sylla.

Casi los mismos males que en las repúblicas se observan en las monarquias electivas. El que sale preferido en la elección mira con desden á los del partido vencido, y éstos procuran desacreditar el gobierno del nuevo Rey, y cada elección es un semillero de discordias. Los mismos que han elegido al monarca se creen con derecho para no vivir sumisos á sus órdenes, y el pueblo elector se reputa autorizado para quitar con el imperio la vida al Príncipe, como se verificó muchas veces entre los Godos (*Saavedra Corona Got.*). Los que ven coronados los retratos de sus progenitores se acomodan muy mal á la obediencia, y así nunca falta en los gobiernos electivos quien excite el fuego de la sedicion. Los reyes circunvecinos pocas veces se abstienen de tomar parte en las elecciones, y nunca inter-

ponen su influxo por favorecer al pueblo que elige. Por la muerte de Atanagildo quedó vacante el reyno de España, y Chilperico rey de Francia introduxo entre los Godos la discordia, y con ellos la anarquía (*Sagvedra Corona Got. cap. 14.*). Finalmente en las elecciones rara vez se busca el mejor, y así casi siempre sale preferido el que tiene mas fuerza ó mas caudal para sobornar á los electores (*Saav. Cor. Got. cap. 24.*).

Es muy infeliz el gobierno, que solo puede ser feliz sosteniendo guerras exteriores, y esta es la suerte de las repúblicas. Quincio se lamentaba de que dominase un hado tan fatal en Roma, que no la permitia tener propicios á los dioses quando estaba en paz (*Liv. lib. 3.*) Aristoteles dice que los lacedemonios conservaron su felicidad interior mientras que vivieron en guerra, y que la paz arruinó su república (*7 polit. cap. 15.*). El genio turbulento de los republicanos necesita de objetos vehementes que ocupen su imaginacion, y faltándoles fuera, los buscan en su propio pais, excitando en él sediciones; porque el furor de la libertad y la igualdad los retrae de obedecer, y los impele á querer mandar, y donde falta la obediencia no puede existir la felicidad publica (*Liv. lib. 2.*). En un estado tranquilo no pueden prosperar los demagogos, y para tiranizar á sus conciudadanos necesitan fomentar las sediciones, adulando á la plebe, y prometiendola quanto puede lisonjear sus pasiones, con lo que rara vez dexan de conseguir su objeto (*Dion. Halicarn. lib. 6.*).

Despues de haber arrojado de Italia á los germanos se apoderó el pueblo del gobierno de casi todas sus provincias, y no tuvo acierto para nombrar hombres de bien para sus magistraturas, sino que eligió los mas corrompidos, que á fuerza de baixeas y de dones consiguieron tiranizar su patria (*Cotaren. lib. 3 de rep. Venet.*). Aristodemo armó á los cumanos contra los nobles, ofreciendo reintegrar al pueblo en su antigua libertad é igualdad, y despues de haber degollado á los senadores y toda la nobleza, engaño á sus conciudadanos para desarmarlos, con lo que consiguió tiranizar á los mismos que le habian exáltado (*Halicarn. lib. 7. in pr.*). Silvestre de Medicis procuró ganar el afecto de la plebe, pagando las deudas de los pobres, y osten-

tándose acérrimo defensor de los oprimidos; con cuyos arbitrios se hizo con un partido tan poderoso, que despues de haber destruido la república, subyugó á los florentinos á la dominacion de su familia (*Soh. Mich. Brut. in princ. hist. florent.*).

Los mas de los tiranos se apoderaron de las suprema autoridad de las repúblicas por medio de las elecciones populares (*Plato lib. 8 de rep. Polib. lib. 6 et Plutar. in Arat.*). Los hombres son unos en todos tiempos y en todas partes, y en vista de lo que nos enseña la historia, no creo que resulten algunas ventajas á la pública felicidad de la prerogativa de elegir los que deben gobernar las sociedades. Nadie puede conocer mejor la utilidad de las elecciones, que los mismos que gozaron por mucho tiempo de la facultad de elegir sus magistrados; y vemos que cansados de los males que de su uso se les han seguido, tuvieron por mejor sujetarse al imperio de los que la divina Providencia les destinara. Así lo hicieron los veyentes. (*Livius lib. 5 in pr.*) y los romanos (*Tacit. lib. 1 hist.*) que transfirieron en los reyes perpetuamente la autoridad de unos magistrados, creados antes por medio de elecciones ganadas por el soborno y malas artes.

En toda especie de gobiernos se hallan ciertos perjuicios y utilidades, porque en ningún estado se halla el bien sin alguna mezcla de mal, y es preciso en esta alternativa adoptar aquel sistema de gobierno que produzca menos males, y creo que esto se verifica en el monarquico sucesivo. Todo propietario cuida mejor sus bienes que el usufructuario; porque aquel vé que han de disfrutar sus hijos las mejoras que haga; y éste, careciendo de un aliciente tan poderoso, no piensa mas que en gozar.

El príncipe electivo cuida mas de enriquecer su familia que de promover el bien del estado (*Conc. toledano 8 ses. 2.*): y el hereditario, como tiene asegurada la subsistencia y el honor de sus hijos, no necesita para esto de los caudales públicos, y los invierte en hacer felices á sus súbditos. Con esto, no solo satisface las obligaciones de Rey, sino que se hace acreedor á la gratitud pública, cuyo honor refluye en su familia.

Es tan poderoso este aliciente en los padres, que las leyes reyeron que nada podia retraerlos tanto de cometer algunos

delitos como el miedo de perpetuar en sus familias la infamia impuesta á los descendientes de los que los cometieran. Sabia David que no le era permitido construir el magnífico templo que habia proyectado, mas no por eso dexó de recoger los caudales necesarios; porque reputaba como propio el honor que debia adquirir su hijo Salomon por la construccion de tan portentoso edificio.

En las repúblicas no se manejan los caudales públicos mejor que en las monarquías. El que obtiene la magistratura suprema la consiguió por el favor de sus factores y clientes, y unos y otros le indemnizan de los gastos, y reciben la recompensa de sus servicios á expensas del erario público y de la impunidad de defraudarlo (*Plutarc. in Aristid. et Livius lib. 25.*). Un monarca tiene interés en conservar los caudales de la nacion, porque los mira como propios, y los necesita para mantener la gloria del estado y la felicidad pública; y el magistrado democrata ó los emplea en enriquecerse, ó los invierte en adquirir un partido que le proporcione el dominar. Luculo se enriquece con las contribuciones de Asia, y alucina el pueblo con fiestas y convites; y Cesar compra con los despojos de las Galias el derecho de tiranizar su patria.

La justicia es la virtud que conserva los estados, haciendo que vivan en paz los ciudadanos (*L. 2. tit. 1. part. 3.*): pero ésta se administra mal en las repúblicas (*Liv. lib. 6. et Plutarc. in Caton. maj. n. 9.*). Si en una monarquía prevarica un juez, le remueve facilisimamente y le castiga el monarca: pero es muy difícil su remocion y castigo en los gobiernos democraticos. No hay en Europa pueblo menos dócil y sábio que el de Holanda, y en ningun pais tiene menos libertad el ciudadano para reclamar contra las frecuentes injusticias de sus magistrados (*Mr. Rea Scienc. du Gouver. t. 1. chap. 3. p. 1. sec. 4. n. 24.*).

En las repúblicas se obtienen por soborno las magistraturas (*Plutarc. in Marium*), y el que compra una judicatura ha de sacar el comprador de la venta de la justicia el capital y los rditos de lo que ha gastado. Asi sucede que quedan sin castigo los delitos de los poderosos, ya porque compran su impunidad, ya tambien por que temen los jueces los efectos de su resentimiento

y el de sus parciales (*Plutarc. in Caton. min.*) Las mismas leyes suelen ser injustas en la imposición de las penas, no solo en los estados democraticos, sino en los reynos electivos. Las leyes de España mientras que fué electiva la corona castigaban con la pena de muerte el homicidio executado por un plebeyo, y con multas pecuniarias quando un noble lo executaba (*Fuero de Leon cap. 46. Fuero viejo de Castilla. ley 9. tit. 5. lib. 1.*) Lo mismo sucedia en Polonia en donde no se reputaba delito capital en un noble el asesinato de un plebeyo (*lib. 1. Stat. Polon. c. 15.*)

Donde son mejores las leyes, y mejor se observan, se encuentra la felicidad pública: pues viven los ciudadanos en paz, se aprovecha cada uno de lo suyo, se enriquecen las gentes, se amuchiguase el pueblo, se refrenase la maldad, se cresce el bien. (*L. 10. tit. 1. Part. 1.*) En los gobiernos democraticos no pueden establecerse leyes buenas tan fácilmente como en las monarquias hereditarias: su formación exige mucha prudencia, mucha rectitud de juicio, mucho desinterés, mucha integridad, y un grande conocimiento de las costumbres y genio de los pueblos y del sistema general del gobierno. Nada de esto puede hallarse en la multitud, porque segun dice Ciceron el vulgo no admite consejo, no se sujeta á la razon (*Cic. pro Planco.*) La plebe es frecuentemente engañada, y facilísimamente se la mueve á hacer leyes injustas (*Tacit. Annal. lib. 2.*) Á ninguno de estos vicios esta tan expuesto un rey; porque siempre se valen de hombres sabios y honrados para formar las leyes. Alexandro Severo no estableció ley alguna sin la consulta y acuerdo de los jurisconsultos.

De nada sirven las leyes para conservar la libertad de los ciudadanos, y promover la felicidad pública, si no tienen los magistrados la autoridad y fuerza necesaria para hacer que se observen, y ésta no se halla en las repúblicas tan fácilmente como en las monarquias. La sagrada escritura nos enseña que el pueblo es inepto para juzgar (*Eccles. cap. 38.*): tan fácilmente se mueve á la misericordia, como se precipita en la crueldad (*Tacit. lib. 1. Hist. 1.*). Los Atenienses condenaron á Aristides por haber denunciado los fraudes de los administradores del erario, y arrepentidos poco despues de su juicio le

crearon inspector de los caudales públicos (*Plutarc. in Aristd.*). Los Judíos seducidos por sus pontífices, pidieron la libertad de Barrabas y la muerte de Jesucristo, á quien pocos dias ántes habían recibido en triunfo con el mayor júbilo (*Evang. Marc. cap. 15.*). Los Romanos mataron al prefecto Buterico, por no haber querido soltar á un malvado, que habían preso en Tesalonica (*Nicephor. lib. 12. cap. 40.*). Estas injusticias no se ven en las monarquías, porque los jueces tienen fuerza bastante para sostener la autoridad de sus sentencias, sin temor de que el pueblo las rescinda (*L. 12. Cod. Sent. resc. n. posse.*).

Por buenas que sean las leyes, y por acostumbrado que este el pueblo á observarlas, no gozará de la felicidad, y de la tranquilidad pública, si no tiene un magistrado, que revestido con la autoridad suprema pueda contener y castigar á los que, abusando de sus riquezas y de su influxo, intenten perturbarla. Buenas eran las leyes dictadas por Moyses para el pueblo de Dios, y estaban bien acostumbrados los Hebreos á observarlas, y no obstante turbó un Levita la tranquilidad de la tribu de Dan, é introduxo la idolatría, y no atribuye á otra causa la Escritura este trastorno de las leyes divinas y humanas, sino á que no habia entonces Rey en Israel, y hacia cada uno lo que le acomodaba (*Stdie. cap. 18.*). Por el mismo motivo sufrió la España tantas calamidades en la época pasada, pues nadie obedecía las leyes, si se veia con autoridad bastante para no observarlas. Cada general y cada magistrado disponia arbitrariamente de las personas y bienes de sus conciudadanos, porque acostumbrados á obedecer á sus reyes, se sometian de mala gana á las órdenes de los que miraban como inferiores ó iguales, ántes de haberse depositado en ellos el supremo mando. Lo mismo que á los Españoles sucedió á los Macedonios despues de la muerte de Alexandro (*Curt. lib. 10.*).

Con las licencias necesarias.

POR DON FRANCISCO MARTINEZ DÁVILA,
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.